

# CAZABAN EN SU POESIA Y EN SUS VERSOS

*Por José de la Vega Gutiérrez*

## LA POESIA

ES arduo y difícil este problema de la Poesía, cuando se trata de situarlo en un plano de fácil acceso, sin mermar su majestuosa y universal inmanencia. Y decimos que es difícil, porque el análisis, si se practica con ligereza, produce confusión; y si se hace profundizando en él, jamás se llegará a su final telúrico, por mucho que se ahonde. Hay en torno a la Poesía una mezcolanza de ideas que es preciso clarificar. Se confunden, por ejemplo, poesía y verso y poesía e inspiración. Ni lo uno ni lo otro dan la imagen exacta que buscamos. La inspiración, ese sentimiento anímico que nace en el artista, como un eficaz estímulo para la realización de su obra, lo mismo puede afectar a la Poesía que a cualquiera otra de las Artes que llamamos bellas por antonomasia. La inspiración es, pues, una sugerencia que nos brinda el espíritu, para acometer la obra literaria o artística. Y, ¡qué duda cabe!, es, también, el enardecimiento del genio poético ante el recuerdo de algo que conmociona y agita su alma.

Pero, la Poesía... ¿Qué es la Poesía...? Nunca se ha llegado a definirla. Y he ahí una problemática sin solución hasta el momento. Si ahondamos en el concepto, como decíamos antes, llegaremos a la conclusión de que la Poesía no es ciencia ni arte; y, sin embargo, participa de los dos atributos. Es un quehacer del espíritu que se puede expresar de manera multiforme no sólo en literatura, sino también

en música, en pintura, en cualquiera manifestación de la Naturaleza y, sobre todo, en esa proyección de la *psiquis* humana a la que llamamos *amor*. Jorge Guillén exclama, al respecto, con una sencillez colmada de ilusiones:

¡Oh luna...! ¡Cuanto abril...!  
 ¡Qué vasto y dulce el aire...!  
 Todo lo que perdí  
 volverá con las aves...

¡Luna... abril... aves...! Tres motivos poéticos que están frente a nosotros, que son algo perceptible, visual, impresionante... Y se nombra, entonces, la poesía de los atardeceres en el campo... y la del mar... y las de los álamos del Duero, en sus riberas la Soria Puera, que tan gallardamente acariciarán los versos de Antonio Machado...

Poesía no es tampoco y solamente la musicalidad fonética de la composición esmaltada de impresionismos:

Dulce vecino de la verde selva...  
 Huésped eterno del abril florido...  
 Vital aliento de la Madre Venus...  
 ¡Céfiro blando...!

Para Platón, la Poesía era, ni más ni menos, que una explosión del entusiasmo. Y Horacio piensa de idéntica forma. Entendemos que ha de verse con escepticismo esta consideración platónica porque, la Poesía, tanto puede expresar situaciones de vehemencia y exaltación como de angustia y decaimiento. No. Repetimos que no es fácil concebir la idea exacta, e impalpable al mismo tiempo, de lo que es la Poesía.

Resultaría estéril y pretencioso que, a estas alturas, definiésemos la Poesía diciendo que es la parte de la Literatura que escribe sus composiciones en una forma gramatical a la que llamamos verso. Entonces cabría preguntar: ¿Pero es que la Poesía solamente se hace en verso...? ¿Y por qué no, también, en prosa, o en una escultura, o en un cuadro, y, hasta si apuramos mucho el concepto, en los profundos e insondables rincones de la investigación científica y, quién sabe, si hasta en el descubrimiento de la Relatividad de Einstein...?

El tópico ha fundido en un solo ente los conceptos de Poesía y de rima y ritmo; y ello induce a gravísimos errores, porque la rima,

en sí, no es más que un accesorio, un complemento, no esencial estrictamente considerado, cuando la Poesía sirve al pensamiento nacido en el espíritu y que arranca de él con la misma violencia que la saeta arranca del arco. La rima y el ritmo son conjuntamente, el vehículo que utiliza la Poesía en la generalidad de los casos, para su transporte desde el alma del poeta hasta la zona más sensible del conocimiento humano. Y es tanto mayor la fuerza de su penetración, cuanto más acendrado y fuerte es el vigor espiritual de la creación anímica. Lo somero, lo vulgar, lo fastidioso, en suma, podrá vestirse y enjoyarse con toda suerte de elegancias y bagatelas, pero nunca alcanzará la auténtica valoración emocional que imprime el sentimiento a la actitud poética verdadera. Por el contrario, nada la restarán, al ser utilizados como elementos coadyuvantes de la belleza poética, la sencillez expresiva, la calidad netamente popular del colorido y hasta la tipicidad dialectal rodeando todo a la idea que nace espontáneamente y sin que nadie sepa ni la procedencia ni la fecha de su nacimiento:

¿Con qué te lavas la cara  
que tan colorada estás...?  
Me lavo con agua clara  
y Dios pone lo demás...

Tal vez la generosa grandiosidad ingenua de Juan Ramón Jiménez alcance su verbo expresivo, cuando el poeta dice:

Amapolita... amapola  
que estás oculta en el trigo...  
Amapolita... amapola,  
¿te quieres casar conmigo...?

He aquí, en este sencillísimo verso, algo que singulariza a la Poesía como manifestación del pensamiento: su entraña lírica, esa misma y exaltada virtud que nos conmueve en las prosas divinas de Rabindranath Tagore, en las que la lírica es el fluido que acucia, que impulsa, que electrifica, por así decirlo, la Poesía, conduciéndola por líneas de infinidad, como sucede en el caso del escritor hindú a la universalidad, y de ésta, en definitiva, la inmortalidad de la Gloria.

Ahora bien, la Poesía necesita inevitablemente de esos accesorios a los que precedentemente aludíamos, porque, ellos, son el ropaje

material que la humaniza, dando armonía y musicalidad a sus conceptos, según la fórmula clásica o rompiendo abiertamente con ésta, en aras de una expresión conceptual moderna y revolucionaria, aunque no ausente de estética. Esta última precisión comporta, inevitablemente, consecuencias incalculables que se extienden por todos los campos artísticos, penetrando hasta en el hermetismo de la música, que, en su modalidad llamada «*contemporánea*» anula viejos formalismos, rompe con leyes inalterables y alza sus facetas, atonales, serialísticas y electrónicas, agitándolas en el viento de festivales y certámenes por todos los países del mundo, como banderas desplegadas de la rebeldía y de la insurgencia.

No nos olvidemos, sin embargo, y contemplando el problema con la más honrada objetividad, de lo que dijo Housman en aquella controvertida disertación pronunciada en Cambridge el año 1933 (con el título de «*The Name and Nature of Poetry*»), quien sostenía que, aunque se llame, como se quiera llamar, a la fuente impulsora de la Poesía, «ésta no cobra entidad hasta que el temple anímico no se conjuga con el arte o la técnica literaria. Entonces, es cuando la Poesía tiene su ser». Y para que la obra se haga realidad armónica, el poeta, ha de sentir ese toque íntimo, silencioso e indefinible que le lleva a sugerir ideas, a crear imágenes y símbolos, a enardecerse con el recuerdo de algo —persona o cosa— que le impresionó en otro momento de forma indeleble y, en una palabra, a sentir ese soplo divino que en arte se llama inspiración. ¿La tuvo nuestro poeta...? Vayamos tras él y tras las huellas de su obra.

## E L P O E T A

**N**ACE el año 1871, cuando aún resuena el eco de las campanas, doblando funeralmente porque ha muerto el poeta de las rimas y de las leyendas, a finales de 1870, llevándose a la tumba todos los fantasmas del romanticismo que le rodeaban y que convivieron con su espíritu en Sevilla, en Toledo y en la Veruela del Moncayo. Pero, Gustavo Adolfo Bécquer no se ha podido llevar consigo todas las nieblas del romanti-

cismo que envuelven la vida española, torva y alegre, silenciosa y alborotada, jaranera e inquieta con sus pronunciamientos y cuarteladas a cada hora y con los males nacionales acechando a cada paso y detrás de cada esquina... No; el romanticismo, en contraposición del clasicismo, impregna las almas y es difícil, o casi imposible, evadirse de su influjo.

La escuela poética sevillana —Sevilla creó siempre escuelas en materia de arte— siente no sólo el influjo bécqueriano, sino también el de las poesías alemana e inglesa. Y el romanticismo sevillano se estiliza, se eleva a esferas de intangibilidad. Un día canta Benito Mas y Prat —uno de los fundadores de la escuela folklorista recién nacida por aquellas décadas:

Quisiera ser el tiempo y el espacio  
para encerrar en infinita etapa,  
los átomos perdidos de tu cuerpo  
y la sustancia eterna de tu alma...

Y después de decirse estas cosas tan maravillosas, resultará punto menos que imposible concebir esperanzas en la reinstauración del viejo clasicismo. La poesía tiene efectos catárticos, incide en la masa, purga el alma y, a veces, hasta hace llorar. Nosotros, en una conferencia que dimos en la cárcel de Jaén, amablemente invitados por su entonces director don Amancio Tomé, vimos llorar a hombres de pelo en pecho al escuchar poesías como «Feíco» y «La Seca», del poeta almeriense Pepe Sotomayor que, entre otras muchas de varios autores, sirvieron de noble ilustración a mi charla. Y es que la Poesía tiene un alto valor social. Ya lo previó Ortega en sus artículos del año 1927, reconociendo la influencia que la Poesía ejerce más allá de la que estrictamente se origina en su acción propia.

Cazabán, nace bajo el influjo de esas corrientes románticas que inevitablemente habrían de pasar por su conciencia. Y a medida que la raíz se va arraigando, Cazabán tiene, siente, sufre, hambre de cultura y de conocimientos. Su ascendencia francesa no le proporciona bienes de fortuna en la hora precisa. Antes al contrario, la muerte se lleva al padre y él ha de hacer frente a todas las inquietudes que acongojan al hombre desvalido en su máximo desamparo, penetrándole tan profundamente en el corazón la angustia de aquellos días, que, luego,

cuando los recuerde, pasados muchos años, los ojos se le inundarán de lágrimas en las que van mezclados el buen recuerdo de la madre y la ingrata memoria de las tristezas vividas. Pero su intelecto habrá de triunfar y triunfa. Periodismo estéril en Madrid. Ansias de cultura incontenibles. Cuartillas y más cuartillas escritas inútilmente y después rotas... y al fin el remanso de paz en la tierra natal, que le recibe con la más ancha y venturosa cordialidad. Ya la lucha será menos dura, menos violenta. El caudal intelectual ha crecido y está a punto de desbordarse, siendo el trabajo diario e infatigable, la válvula de escape que elimina los peligros de su desbordada actividad creadora. Por aquellos finales de siglo comienza a firmarse con el seudónimo de *Don Lope de Sosa*, que aparece al pie de sus inolvidables trabajos de investigación histórica giennense. Ya no hay archivo en la ciudad en el que sus ojos exoltálmicos, no hayan perdido horas de validez visual. Luego, en la noche callada, en la casa recién instalada de la calle de Espartería, vendrá el momento de los versos, de esos versos en los que se percibe el oloroso perfume de la sinceridad y la palidez melancólica del romanticismo... Y al fin,

## LA OBRA

**E**AZABAN acude a Madrid formando parte de la comisión que ha de trasladar a Jaén los restos de Bernardo López García; y, en una cena que, en honor de aquélla y de los periodistas madrileños, da en el hotel de Roma el ilustre patricio don José del Prado y Palacio, lee su dulce y emotivo poema titulado «*Noche Buena*». Entre los invitados está Fernández Grilo, el conocido y delicadísimo poeta, poseedor ya de la fama en el mundo literario de España, que le abraza con sincera efusión y le aplaude y anima a seguir la obra poética iniciada. Cazabán recoge de sus carpetas un puñado de composiciones y se las entrega al regente de la *Tipografía Minerva*, López Mesa, quien hará con ellas un bello libro titulado «*Las Tristes*», que prologa y presenta muy elogiosamente, Antonio Fernández Grilo y se ampara con el prestigioso pie editorial de Fernando Fe. Estamos en el año de gracia de 1900, último de una

borrascosa centuria española y primero de una esperanzadora etapa en la que, tras el doloroso tratado de París, España habrá de decidir su futuro ante la vida y ante el mundo.

No vamos a hacer aquí un examen crítico del bello libro, que conservamos en nuestra biblioteca como una preciada joya, no sólo por su valor literario, sino también por el afectivo, ya que el ejemplar está dedicado a mi padre con las más cordiales y efusivas palabras.

En aquellos comienzos de siglo contaban Jaén y su provincia con una pléyade brillante de inspirados poetas, al frente de los cuales se erguía la figura preclara y fuertemente romántica de don Antonio Almendros Aguilar, cuyo hijo Pepe Almendros Camps —excelentísimo poeta del que poseo dos libros— y Alfredo Cazabán, representaban la vanguardia de poetas que irrumpía arrolladora en el ámbito de las letras giennenses. Más adelante, en el año 1911, daría Cazabán con el título de «*Florilegio de Poetas y Poesías*», una magnífica y bien ordenada antología de todos ellos y de los que hoy, por desgracia nadie conserva el menor recuerdo.

## ENVIO

A todos los poetas de Jaén; a los de uno y otro estilo. A los que sienten la inquietud de la idea estética del poema, y perciben la emotiva vibración del verso... A los que saben del amor y del dolor que representan unas simples estrofas salidas del alma... A todos los devotos de las letras, en suma, va dedicado este ensayo para que se renueve en ellos la llama del recuerdo y puedan ver con su propia luz, lo que los años de distancia borraron de sus mentes, no por altivo desdén, sino por eso... por olvido, sólo por olvido...